



Mensaje eterno

Existen en los Evangelios pasajes que colisionan de manera frontal con muchas de las ideas que han ido moviendo, a través de todas las épocas, a la mayor parte de los seres humanos, al tiempo que encauzan sus esfuerzos hacia una dirección determinada. Así ocurre, por ejemplo, cuando leemos en San Lucas que no “se puede servir a dos señores”, en clara alusión a la exclusiva búsqueda del dinero como meta esencial y prioritaria del quehacer de cada uno, con olvido de otros objetivos no valorables ni cuantificables en moneda.

Parece evidente, y no precisa mayor demostración, que como medio de subsistencia el hombre ha de recurrir a un esfuerzo continuado: el trabajo en sus diversas formas. Pero también es cierto que la acumulación de los frutos conseguidos con ese trabajo, en forma de bienes, como única meta de la vida, no es buena, especialmente si del poder derivado de su posesión (especialmente cuando formamos grandes

colectividades) hacemos un uso abusivo y desviado utilizándolo, no para satisfacer necesidades – destino esencial y que debiera ser el exclusivo- sino para destruir, en muchas ocasiones, de forma indiscriminada, vidas y haciendas de otros. Ya ese gran hombre y genial tunante que fue nuestro Quevedo (la contradicción de los calificativos le va de perlas a su personalidad) nos avisó que “poderoso caballero/ es Don Dinero”. Y el aviso sigue siendo válido, sin que sea posible desmontar una sociedad cimentada sobre el afán de conseguirlo o sobre la fuerza que otorga disponer de él. Ciertamente, de otra forma, tal vez no se hubieran alcanzado tantos progresos en todos los quehaceres humanos; pero ese aspecto del tema es más asunto de economistas que cuestión sobre la que obligue a meditar esta incómoda y poco práctica vocación de pequeño filósofo..

No se puede servir a dos señores, dijo Jesús, y sus palabras resuenan aún a través del tiempo,

con toda la enérgica fuerza de su contenido; no se puede servir a dos señores, podemos añadir, tan antagónicos como el dinero, “lo económico” y sus derivaciones de poder e influencias- y a un Dios que ordena el amor al prójimo con la misma intensidad, al menos, que a uno mismo. Podrás excederte, como el pobrecito de Asís, el humilde Francisco, y amar como hermanos al sol, a las plantas, a los pequeños y grandes seres vivos, incluido el lobo (como imagen o prototipo del ser malvado) y al hombre, a veces peor que el lobo.... Pero nunca a ese hombre, tu igual, lo amarás menos que a tu persona, pese a sus defectos, a sus miserias, a sus envidias, a sus comportamientos, no disculpables dada, se supone, la racionalidad de que fue dotado y su capacidad para distinguir entre el bien y el mal.

Poco antes, en el mismo Evangelio, se hace otra afirmación sorprendente e inquietante como colofón de la parábola del administrador infiel: “los hijos de este mundo son más sagaces en el trato con los suyos que los hijos de la luz”. Y uno se queda perplejo sin encontrar, en principio, un claro sentido a la conclu-

sión, hasta que después de darle vueltas y más vueltas, acierta a conectarla con sus anteriores palabras ya indicadas; porque sagaz, además de astuto, significa tener prudencia y capacidad para prever y prevenir las cosas, las consecuencias de nuestros comportamientos. Y en este aspecto, sí que realmente no somos “sagaces”, adelantándonos a corregir errores, a desbrozar caminos, a enseñar lo verdadero e importante, como es desaprenderse de la servidumbre a señores que nos esclavizan y sujetan con férreas cadenas: los egoísmos de este mundo, deslumbradores con sus vistosos ropajes de lujo, y apetecibles con sus ofertas de los goces y placeres de un hedonismo siempre pasajero, fugaz, bajo cuyos oropeles se esconde una maloliente corrupción, capaz de todas las bajezas para conseguir sus fines.

En estos días de Semana Santa, debemos recordar las divinas palabras del Maestro y fortalecer nuestra Fe, en la seguridad de que pasarán los tiempos, desaparecerá nuestro pequeño mundo tal como lo conocemos, pero el eco de su mensaje sonará eternamente por todos los confines del universo.

Miguel Molina Rabasco

